

El siglo XIX mexicano, o el póstumo encanto realista

Ugo Pipitone

Confieso de antemano dos límites de este escrito. El primero es que el género de la reseña no forma parte de mis costumbres de escritura. El segundo es que no soy especialista en la historia de México en el siglo XIX —tema del cual me ocuparé aquí. Sospecho, sin embargo, que no hace falta ser especialistas para formular algunas observaciones generales acerca de temas de tan amplio espectro.

¿Para qué sirve la historia? He ahí una pregunta para la cual nunca tendremos una respuesta definitiva. Benedetto Croce decía que toda historia es historia contemporánea, y ésa es ya una respuesta. Edward H. Carr y Norbert Elias decían que es la clave para mirar el presente a la luz del pasado y el pasado a la luz del presente, y ésta también es una respuesta. Ambas ponen en evidencia algo importante: entender lo que somos supone entender de cuáles logros y derrotas somos herederos. Entender el presente como historia implica también entender la historia como una eterna y múltiple contemporaneidad en la cual los hombres se enfrentan a la tarea de dar un sentido a su vida individual y colectiva enfrentando disyuntivas nunca del todo nuevas.

¿Cómo hacer historia? O sea, ¿cómo reflexionar alrededor de sus territorios sembrados de incógnitas, acertijos y ambigüedades? He ahí otra pregunta sin respuestas canónicas. Hay espacio para todo. Pero, a final de cuentas, si nos limitamos a la historia como "género" académico, parecerían discernibles dos posibilidades mayores. La historia

Profesor-investigador de la División de Estudios Internacionales, CIDE.

como ejercicio erudito de reconstrucción de un pasado oscurecido por la eterna escasez de "documentos". Una operación, ésta, siempre compleja por la dificultad de entender los universos psicológicos pretéritos y por la acumulación de reconstrucciones en las cuales el presente de los distintos observadores siempre, inevitablemente, condiciona (y a veces contamina) la interpretación posterior. Éste es un camino. El otro, y es igualmente legítimo, consiste en afirmar explícitamente el punto de vista del presente, lo cual supone buscar en el pasado las raíces de una actualidad vagamente incomprensible. Por un lado tenemos estudios eruditos, y por el otro, ensayos en los cuales el autor "usa" la historia para justificar sus puntos de vista o sus propuestas para el presente. En síntesis, el estudio erudito en el cual el autor tiende a desvanecerse como individuo, o el ensayo en que el autor no solamente no oculta sino que afirma su yo.

El libro que comentamos aquí, de Fernando Escalante Gonzalbo (*Ciudadanos imaginarios*, El Colegio de México, 1992), no es ni una cosa ni la otra. Para ser un trabajo erudito le falta carácter sistemático y un seguimiento cronológicamente consistente del periodo objeto de estudio. Para ser un ensayo le falta una intención explícita acerca del presente y la afirmación de un yo portador de puntos de vista fuertes.

El libro se presenta a sí mismo como un "Tratado de moral pública" (parte del subtítulo) en el México del siglo XIX. Pero ya en la definición del tema nos encontramos con las primeras dificultades. El autor delimita así su área de interés. "La moral es una dimensión específica de la acción humana, que se manifiesta en pautas de comportamiento, en formas de vida [...] La moral, o la moralidad como prefiero llamarla, aparece como una *estructura*, como un orden." Tenemos aquí dos problemas. El primero es que ésta es una definición, tal vez correcta, pero tan amplia que en ella podría caber cualquier objeto de estudio: la moral, la estética, la antropología o la psicología colectiva. El segundo es que, no obstante el carácter de "Tratado" (con una "T" inevitablemente mayúscula) que Escalante asigna a su trabajo, el libro nos habla de muchas cosas menos de "moral pública". Cosa, por cierto, que no debía ser fácil de realizar en referencia al México del siglo pasado, una sociedad agudamente segmentada, en la cual es posible reconocer una multiplicidad de "morales semipúblicas" (los hacendados, los políticos liberales o conservadores, los indígenas, los campesinos acasillados, etc.). Éste era el signo de los tiempos: la convivencia conflictual —y a menudo antagónica— de grupos sociales que no acababan de integrarse en un espacio social suficientemente fluido y homogéneo

para producir algo que mereciera el nombre de "moral pública", en singular. De cualquier manera, la "moral pública" (aun en la todo-comprehensiva definición del autor) es tema ausente a lo largo del libro, excluyendo la introducción y una rápida referencia en las conclusiones.

Pero, no obstante la vaguedad del tema, muchos de los problemas propuestos en el libro son decididamente relevantes y en varias ocasiones son tratados por el autor con inteligencia y buena pluma. Muchos de ellos podrían resumirse así: la dificultad de la formación del Estado mexicano como espacio institucional unitario capaz de dar consistencia a una sociedad proyectada hacia una compleja y difícil integración. Añadamos un comentario. El Estado no es nunca un conjunto de instituciones (un "aparato") sino el lugar, inevitablemente poroso, en el cual la sociedad reconoce su unidad y la convierte en reglas de convivencia comunes a toda una nación. El lugar donde las diferencias en la sociedad tienden a producir la unidad del cuerpo de las instituciones, aunque esta última nunca sea ni absoluta ni definitiva. La solidez de los estados modernos se deriva de la fuerza de la trabazón recíproca entre intereses sociales diferentes. Más allá de la existencia de gobiernos que aparecen portadores de elevados grados de protagonismo (y la historia del Tercer Mundo está repleta de estos casos), la solidez de los cimientos del Estado se construye sobre la solidez y dinamismo interno de las prácticas sociales subyacentes y sobre la legitimación social de las instituciones públicas. El Estado supone, para decirlo de otra manera, una "cultura" nacional, un tejido de relaciones que tienden a convertir el conflicto en factor de integración entre distintos grupos de la sociedad.

En la Introducción el autor pone en evidencia cómo el "modelo cívico" implícito en la constitución del Estado moderno supone la convivencia conflictual entre valores democráticos, republicanos y liberales cuyas relaciones recíprocas constituyen un terreno de permanentes tensiones. Sin embargo, a lo largo de la obra, la observación de las dificultades que enfrenta México en el siglo pasado al consolidar este "modelo" es sustituida por una constante propensión a racionalizar las realidades sociales y políticas que impedían dicha consolidación. En lugar de buscar entender el porqué la sociedad mexicana posterior a la Independencia no es capaz de activar un proceso de integración capaz de superar la yuxtaposición de estamentos y privilegios locales heredados de la Colonia, el autor se dedica en forma sistemática a mostrar la consistencia interna de un "sistema" de recíprocas exclusiones. Una consistencia tan notable que, a su propia luz, la Revolución de 1910

resulta incomprensible. Lo real es racional, parecería ser la obsesiva consigna hegeliana que recorre el texto. Un "realismo" desencantado que parecería decirnos a cada paso que así fue porque no podía ser de otra manera. Una especie de culto cinismo *post factum* que considera los intentos de institucionalización del Estado mexicano en el siglo XIX como ingenuos e inevitablemente destinados a la derrota.

En ningún momento el autor parece percibir el hecho de que esa "realidad racional", construida sobre fuertes poderes locales, duras exclusiones sociales y ficciones legales, condujo al país por un camino en el cual la débil integración de la sociedad y la escasa legitimación del Estado serían factores permanentes (y recíprocamente entrelazados) de la vida nacional, tanto en el siglo pasado como en el presente. El siglo XIX mexicano no es sólo el resultado de una herencia de fracturas y segmentaciones sociales que provienen de la Colonia, es también la sustancia viva de un esfuerzo de integración nacional frustrado. Pero decir que la derrota de este proyecto ocurrió porque no podía no ocurrir es una forma de sabiduría *ex post* demasiado fácil. De ahí que a menudo, más que a un trabajo historiográfico, el libro se parezca a un añejo ensayo de sociología funcionalista.

El encantamiento frente a una realidad hecha de exclusiones conduce a Escalante a subrayar su orden y a perder de vista la naturaleza del siglo XIX como ocasión perdida en la remoción de los obstáculos culturales y sociales que trababan el acceso hacia un mayor grado de cohesión social y de consolidación institucional. Siguiendo a Norbert Elias, que ve en el Estado la autorrestricción de las clases dirigentes bajo la presión de los grupos sociales subalternos, podría decirse que la organización por estamentos, localidades, etnias o corporaciones del México del siglo XIX debilitó la posibilidad de una presión desde abajo, uniforme y permanente, que favoreciera por un lado una autolimitación y por el otro una mayor cohesión interna de los sectores sociales dominantes. Presión social uniforme y autorrestricción de aquellos que ocupan un lugar privilegiado en la organización social son las dos vertientes de un proceso que de mantenerse por un prolongado periodo histórico produce dos efectos determinantes: la formación de sociedades capaces de reducir progresivamente las distancias (en el bienestar y en la cultura) entre distintos grupos y la consolidación de instituciones públicas internamente integradas y con altos grados de legitimación social.

En el libro que estamos comentando, la fascinación por la coherencia interna de los distintos fragmentos "autónomos" de la sociedad

mexicana del siglo pasado resulta especialmente evidente en el capítulo relativo al "Orden señorial", uno de los más débiles y, por desgracia, centrales del libro. Encontramos aquí un asombroso embellecimiento póstumo (¿involuntario?) del sistema de la hacienda. Veamos cómo aborda desde un principio sus observaciones sobre la hacienda Fernando Escalante.

Desde que comenzó a pensarse en "modernizar" la economía mexicana, hace más de doscientos años, la hacienda ha tenido mala prensa [...] Sólo con mucho trabajo se han ido abriendo paso otras versiones. Con mucho trabajo porque la idea de la hacienda como institución feudal, como obstáculo para el desarrollo, como manifestación palmaria de la injusticia, es parte indispensable de la mitología patriótica (p. 75).

Después de esto se mencionan las frecuentemente buenas relaciones entre las haciendas y las comunidades campesinas. Se recuerda la escasa participación que tuvieron los peones acasillados en la Revolución de 1910 (prueba de que las condiciones de vida de estos individuos no debieron ser tan dramáticas como sostiene la "versión tradicional") hasta llegar a considerar las "tiendas de raya" como un "seguro de subsistencia" y un "mecanismo de estabilización del ingreso real" (p. 84) de los peones de hacienda. Queda sin entenderse para qué necesitarían un "seguro de subsistencia" trabajadores que estuvieran más allá de una relación semiservil. ¿Puede legítimamente hablarse de "estabilización del ingreso real" cuando nos referimos a un mecanismo destinado a conservar una subsistencia primaria de los peones y diseñado como instrumento de vinculación permanente entre un trabajo semiservil y las haciendas?

Frente a esto no sabe uno si admirar más el fervor del *revisiónismo histórico* de Escalante o el alegre desprendimiento frente a la realidad de una estructura, al mismo tiempo productiva y social, responsable de gran parte de los atrasos acumulados en la historia agraria (y no sólo agraria) de México. Escalante ve aquello que mantiene una precaria unidad interna del sistema de la hacienda pero se resiste a ver las tensiones internas y los costos históricos asociados a esta "coherencia". Y así se pierde de vista el dato esencial: la hacienda ha sido, al mismo tiempo, una estructura productiva moderna (a menudo con uso de tecnologías avanzadas y relaciones comerciales internacionales) y una estructura social arcaica. Generadora de microeconomías eficientes y principal obstáculo para el surgimiento de una macroeconomía rural

integrada, competitiva y potencialmente innovadora. En una actualidad dominada por las visiones del efecto de *trickle down* que se derivarían de la creación de unidades productivas eficientes y por la desatención hacia la consolidación de tejidos productivos contruidos sobre la multiplicidad de las iniciativas productivas locales y regionales entrelazadas, el punto de vista de Escalante está en línea con el espíritu de los tiempos.

Constituye una afirmación asombrosamente superficial aquella según la cual la escasa participación de los peones acasillados, tanto en la sublevación de Hidalgo como en la Revolución de 1910, parecería haberse debido al hecho de que las condiciones de vida en las haciendas no debían ser tan desastrosas como a menudo se cree. Más allá de que esto pudiera incluso ser cierto en distintos tipos de haciendas y en diferentes partes del país (pero harían falta acuciosos estudios comparativos para probarlo), aquí Escalante abandona aquel hegelismo que lo conduce a mirar la realidad como racionalidad y olvida la dialéctica hegeliana del Siervo y el Señor, que hace de la servidumbre una costumbre. Una forma de vida y de concebirla. Una cultura.

En la página 77 se dice: "Las haciendas eran gestionadas como empresas, no como feudos". En la página 89 puede leerse: "Igual que no era cívico, el orden señorial [cuya pieza central era obviamente, añado yo, la hacienda] no era capitalista: la ordenación jerárquica de la vida social era un imperativo poco flexible". ¿Entonces? A Escalante, aparentemente prisionero de un problema definitorio de vago olor escolástico, se le escapa lo esencial: el orden señorial, interno y externo a la hacienda, es mezcla viva, e irresuelta, de rasgos capitalistas y feudales. Un cuerpo histórico original en que la tecnología y las relaciones comerciales corresponden a menudo a una lógica capitalista, mientras las relaciones sociales que alimenta y las formas de organización del trabajo que produce responden a relaciones de tipo parafeudal. Un organismo histórico que se parece a una especie de Frankenstein: combinación estéril de "piezas" cuya trabazón daba una apariencia de vitalidad y consistencia mientras, en cambio, producía en el largo plazo estancamiento productivo y tensiones sociales insostenibles. Frente a ello el juicio "histórico" de Escalante es contundente: había ahí un orden rural "insustituible". O sea: la historia puesta al servicio de los decretos que sancionan aquello que puede y aquello que no puede ser.

En medio de tantas inseguridades e inconsistencias viene, sin embargo, una afirmación correcta. Leamos. "...no había otra manera de mantener el orden rural que contar con la cooperación de los hacen-

dados; y sin embargo, su autonomía y su predominio regional los convertía en un obstáculo para la autoridad estatal." Para la autoridad estatal y para el desarrollo de un tejido productivo de bases sociales amplias y potencialmente integrado; en una palabra, para el desarrollo económico y la consolidación política de México. Hay aquí una relación que es oportuno señalar entre fuerza económico-política local y debilidad del Estado. Algo parecido ocurrió en la Italia posterior a su unificación. La existencia de un Estado joven, incapaz de realizar las profundas transformaciones económicas que el país requería, sobre todo en el mundo rural del sur del país, llevó a la casa Saboya a aliarse con los grandes terratenientes que garantizaban control social y estructuras productivas escasamente eficientes pero sólidamente enraizadas. La renuncia a la reforma agraria significó para Italia la agudización de una "cuestión meridional" que el país aún no resuelve más de un siglo después. Un Estado fuerte, en el Japón de la restauración Meiji, en cambio, y no por casualidad, pudo y supo hacer de la reforma agraria el primer paso de un conjunto de iniciativas destinadas a consolidar un tejido agrario integrado y eficiente, además de "desarmar" las redes de clientes que alrededor de los latifundios habrían limitado la libertad de acción del Estado.

(No resisto, en este punto, la tentación de una referencia histórica fuera de contexto, aunque sea entre paréntesis. Con el fin de la dinastía macedona comienza la lenta crisis que llevará el imperio bizantino a su derrota definitiva. El poder cae en manos de los grandes terratenientes de las provincias. La pequeña propiedad, que había sido base de la prosperidad del Imperio a lo largo de siglos a través de un articulado sistema fiscal, tiende a desaparecer mientras amplias áreas del territorio comienzan a escaparse al control de la administración central. La concentración de la tierra debilita el poder del Estado y su antigua prosperidad y coherencia general. A veces la historia puede ser muy reiterativa.)

Moraleja: la búsqueda de la estabilidad a corto plazo significó, en los casos tanto de México como de Italia (pero ¿cómo no recordar aquí la *fazenda* brasileña o el poder de los zamindari en India?), la conservación de poderes locales que resultarían ser, a lo largo de décadas (incluso después de la desaparición de los latifundios), un eficiente factor de contaminación de una acción estatal orientada por las necesidades de integración nacional y consolidación de instituciones públicas socialmente legitimadas. Pero de estas consecuencias de largo plazo, asociadas al dilema gobernabilidad-institucionalización, no se

encuentra una sola palabra en el texto de Escalante, lo cual tal vez sea comprensible dado que lo suyo no es un ensayo sino un "tratado". Y los tratados no se ensucian las manos con el futuro que se deriva del presente objeto de estudio.

En otras partes del libro encontramos "actitudes" parecidas en la reconstrucción del papel de la Iglesia católica en el siglo XIX mexicano. Escalante parece "regañar" a la Iglesia por su "conducta poco lúcida", aunque señala inmediatamente después que "no por esto [su conducta] era menos razonable" (p. 153). Y otra vez lo real es racional, para buena paz de aquellos que lo consideran tensión viva entre herencia y voluntad.

No asombra que, a partir de este conjunto de puntos de vista, Escalante sostenga que "La obsesión de Juárez por la legitimidad no parece del todo justificada". Una antipatía que el autor tiene dificultades en ocultar: "Con un talento admirable, los liberales del grupo juarista hicieron del insulto un emblema, y confundieron en la guerra contra el Imperio el liberalismo con el patriotismo, y ambos con la causa del pueblo, de los 'descamisados', los *chinacos*" (pp. 266-267). He aquí una mezcla casi inextricable de juicios correctos y firmes prejuicios. Que los liberales hicieran de la lucha contra el Imperio una bandera política debajo de la cual muchas cosas diferentes encontraban una sábana consoladora para ocultar sus contradicciones recíprocas, no justifica el menosprecio palpable acerca del hecho de que, en la lucha contra el Imperio, el país encontrara en los liberales una de las expresiones más altas de conciencia nacional y de voluntad de convertir esta conciencia en algún, tímido, intento de modificar el equilibrio de la balanza de los poderes sociales.

Tenemos aquí un libro que, no obstante todo, está recorrido por intuiciones que necesitarían mayor profundización, pero constituye ya un mérito que se señalen con lucidez. Hagamos un rápido (e injusto) listado. La debilidad del Estado mexicano desde el siglo XIX como expresión de una sociabilidad precaria y segmentada. El dilema entre gobernabilidad y consolidación del Estado como consecuencia de la permanencia de firmes poderes locales heredados de la Colonia. La idea del "modelo cívico" como convivencia conflictual de tradiciones democráticas, liberales y republicanas. La idea de los "intermediarios políticos" como instrumento de arreglo conflictual entre "cuerpos (sociales) con privilegios particulares". La existencia de "corporaciones" poderosas que dificultan el nacimiento del "ciudadano". La contradicción liberal entre una ideología que exigía un Estado limitado mientras se necesitaba un Estado fuerte.

Constituye una lástima que, sin embargo, este notable conjunto de intuiciones resulte permanentemente ahogado en un mar de "realismo" histórico que impide al autor ver cómo el resultado de las coherencias internas de las distintas corporaciones del México del siglo pasado (sobre las cuales se insiste en una forma reiterativa) terminó por producir una organización social de extraordinaria rigidez, una vida económica escasamente dinámica (en la cual los avances productivos o no contribuían o contribuían muy poco a la integración del país) y una vida política cargada de una distancia abismal entre retórica y realidad. Escalante parece no querer ver que las derrotas del Estado mexicano (en su consolidación administrativa, disfrazada posteriormente por el presidencialismo porfiriano, y en su legitimación social) fueron, a lo largo del siglo XIX, la otra cara de la derrota de una sociedad incapaz de construirse como tal.

Una anotación marginal: en todo su libro Escalante cita una sola vez a Octavio Paz, sin duda uno de los más lúcidos observadores de la historia de México. Y cuando finalmente se decide a hacerlo lo hace con un despectivo comentario a pie de página en el cual se reducen las aportaciones de Paz a un "hallazgo poético, si no muy sutil, muy atractivo" (p. 286 n.). Los piquetes de avispa se valen en los panfletos, no en los trabajos que pretenden un estatuto científico. Dicho de otra forma: si las aportaciones de Paz se reducen a un "hallazgo poético", hay que demostrarlo con críticas a fondo y no con chispazos de polémicas anunciadas que quedan en el aire sin concretarse. Los jóvenes siempre necesitan disparar sobre los padres para poder emanciparse de sus fantasmas. Pero cuando hay que disparar hay que disparar; mostrar las armas sin hacer uso de ellas es un simple desplante pueril. En el caso específico de Paz, me permitiría sugerir a Escalante definir con mayor precisión su blanco y, de ser posible, afinar la puntería.

El límite principal del trabajo de Escalante reside en la frivolidad histórica implícita en la confección de juicios excesivamente tajantes contruidos en el interior de un bailoteo de fechas y acontecimientos desligados de una observación cronológicamente consistente. Todo el libro está construido sobre una serie de anécdotas que pasan con demasiada facilidad de 1821 a 1866 o a 1857, en un desorden cronológico que no alcanza a producir una visión unitaria de la evolución de México entre la Independencia y el Porfiriato.

No obstante sus insuficiencias, tenemos aquí un libro de éxito. Un éxito más que comprensible dado el espíritu de nuestro tiempo y las corrientes que lo recorren. Las virtudes y, más a menudo, los defectos

de este libro coinciden con un tiempo presente de la reflexión social dominado por una recuperación en fuerzas del "realismo" como actitud básica del pensamiento en los territorios sociales. La racionalización de aquello que es como única realidad posible, requiere de un estilo desencantado, escéptico, y de una ironía altanera frente a todo aquello que en el presente "huela" a voluntad y en el pasado a intentos o proyectos derrotados. Un estilo que, por desgracia, desde las corrientes dominantes de gran parte de la cultura contemporánea se traslada al libro de Escalante.